

Capítulo 222

Al día siguiente de investigar el altar dentro de la cueva con Yutia y regresar a la base avanzada.

Alon escuchó algunas historias bastante peculiares de Deus.

«¿No te enfrentaste a los bárbaros?».

«No, por alguna razón, los bárbaros no aparecieron por ningún lado. Es más, había indicios que sugerían que un Dios Exterior había aparecido de repente».

«¿Apareció un Dios Exterior?».

«Sí».

Deus recordó la escena que había presenciado mientras esperaba, preguntándose si la ausencia de los bárbaros era algún tipo de trampa.

Al igual que la última vez, cuando Ulthultus descendió, el cielo se tiñó de rojo por un breve instante.

«Pero entonces, en algún momento, simplemente desapareció».

«¿Desapareció?».

«Sí. Al igual que cuando te enfrentaste a Ulthultus la última vez, el cielo rojo permaneció así durante un rato antes de volver a la normalidad».



«... Hmm».

Alon se acarició la barbilla pensativo.

Por lo que describió Deus, parecía que había aparecido un Dios Exterior, pero que posteriormente había sido eliminado.

La pregunta era: ¿quién lo hizo y cómo?

Mientras reflexionaba durante un rato, a Alon se le ocurrió una hipótesis.

«¿Podrían los bárbaros haberse encargado del Dios Exterior?».

Cuando Ulthultus apareció, los bárbaros lo veneraban.

Aunque en realidad era conocido como una deidad monstruosa, en ese momento se había manifestado como un dios de la naturaleza.

Sin embargo, si el Dios Exterior que apareció en el norte esta vez no era Ulthultus...

Era muy posible que los bárbaros se hubieran enfrentado a él con hostilidad.

«Aunque el Dios Exterior no se hubiera manifestado por completo debido a la falta de tiempo, no habría sido fácil para los bárbaros derrotarlo. Pero si hubieran tenido Hielo Milenario, entonces podría haber sido posible».



Hielo Milenario.

Un guerrero formidable que, al unirse como aliado, hablaría sin descanso sobre el Horizonte.

Al recordar a este individuo, Alon asintió con la cabeza, pensando que su hipótesis era bastante razonable.

Había una razón por la que se le llamaba «la central eléctrica»: Ice era increíblemente fuerte.

Especialmente con su habilidad para crear y regenerar infinitamente la Raíz de Hielo, un material que no tenía ningún valor como arma para nadie más, pero que se volvía abrumadoramente peligroso cuando lo empuñaba Ice.

«Cuando se unió como aliado y me acompañó a través del laberinto, las cosas se volvieron mucho más fáciles».

Dado que sus ataques predeterminados eran de área de efecto, Ice había sido un compañero inestimable durante el juego.

Perdido en estos pensamientos por un momento, Alon pronto se dio cuenta de que Deus seguía esperando una respuesta y respondió.

«Gracias por la información».

«No fue nada. ¿Qué piensa hacer ahora, marqués?».

«Como ya he terminado aquí, tengo pensado hacer una parada en algún lugar antes de regresar».



«Ya veo».

Deus mostró un atisbo de decepción.

Sin embargo, rápidamente corrigió su expresión y dio un paso atrás.

Tras un breve intercambio de despedidas, Alon salió al exterior.

E inmediatamente fue testigo de algo inusual.

«¿Así es como se hace?».

«No es exactamente así, pero casi. Ahora solo tienes que rezar tres veces al día».

«... ¿De verdad esto me dará poder?».

«¡No debes dudar! ¡Rezar mientras albergas dudas no tiene sentido!».

Reinhardt, formando torpemente un sello con las manos, y Silli, enseñándole (?).

«¿Ah, sí?»

«¡Sí! ¡El Señor solo concede poder a aquellos que creen plenamente en Él!».



«Pero el dios del que hablas es en realidad el marqués Palatio...».

«¡Eso es una blasfemia! ¡No debes pronunciar su nombre con tanta ligereza!».

Silli gritó tan fuerte que pareció como si el mundo temblara, haciendo que Reinhardt se estremeciera involuntariamente.

«Pero siempre lo he llamado así...».

«¡Eso ya no importa! ¡Has decidido creer, ¿no?!

«Quiero decir, creer y llamar al marqués Pal...».

«Has decidido creer, ¿verdad?».

«Solo digo que creer es una cosa, pero Pal...».

«Has decidido creer, ¿no es así?».

Silli se inclinó hacia Reinhardt, con una mirada aguda y siniestra.

Mientras Alon observaba esta extraña escena, su visión se vio repentinamente obstruida por una figura.

Era Marc, la Quinta Espada de Caliban.

«... De acuerdo. He decidido creer».



«Entonces no deberías hablar así, ¿no?».

Marc, que había salido del cuartel como de costumbre, vio a Silli y volvió a entrar en silencio, sin hacer ruido.

Alon no pudo evitar sentirse un poco avergonzado por ese movimiento discreto.

«... ¿Debería concederle un poco de poder a Reinhardt?».

Pensando que tal vez realmente tuviera que hacerlo, Alon comenzó a prepararse para partir.

Unas horas más tarde.

Alon subió a un carro para regresar a Caliban.

Cuando había llegado aquí por primera vez, lo acompañaba un gran número de personas.

Pero en el camino de regreso, solo viajaba el grupo de Alon.

Yutia se quedó atrás para ocuparse de un asunto inesperado para Rosario, y Eliban se quedó para terminar una incursión en una mazmorra que había quedado inconclusa... Supongo.

Eliban, que parecía arrepentido, y Yutia, que sonrió cálidamente mientras se despedía con la mano.

Y entonces.

«¡Todavía me queda gente por convertir! ¡Terminaré mi evangelización y luego los seguiré!».

Silli, que había declarado con entusiasmo su determinación.

Pensando en ello por un momento, Alon pronto cerró los ojos y entró en un estado de contemplación.

Gracias a su entrenamiento constante desde que aprendió a meditar, Alon ahora podía entrar en un estado contemplativo a voluntad con facilidad.

Familiarizado con el proceso, comprobó la divinidad de Kalannon.

¿Se debía a los esfuerzos de Silli?

La divinidad brillaba mucho más que antes.

Al bajar la mirada, Alon vio una de las muchas estrellas conectadas con Silli.

Una muy tenue.

Pero, sin lugar a dudas, era una estrella dentro de la divinidad de Kalannon: la fe de Reinhardt.



Lo había comprado antes, mientras Reinhardt era reclutado con fervor, pensando en recompensarlo por sus inesperados esfuerzos.

«Sin embargo, con lo débil que es, aunque le conceda poder, es posible que no sea capaz de utilizarlo correctamente».

Según Kalannon, aunque el papel de Alon era otorgar el poder, su uso dependía del receptor.

Por ejemplo, aunque Alon concediera a alguien 100 unidades de poder divino, si esa persona no creía verdaderamente en él, no podría utilizarlo.

Incluso si obtuviera la capacidad de usarlo, no podría tomar libremente el poder de Alon.

A partir de ese momento, tendrían que gastar el poder divino generado por su propia fe en Alon.

En otras palabras, una vez que Alon concedía el poder, el receptor tenía que mantenerse a sí mismo a través de su propia fe.

«Y una parte del poder divino que generan también me es devuelta... Cuanto más aprendo sobre la fe, más me parece sospechosamente un esquema de mercadeo multinivel».

«Ejem...».

En fin, la cuestión era que...



Incluso si Alon le otorgara el poder, Reinhardt no podría utilizarlo a menos que creyera de verdad.

Después de reflexionar un momento, pensó:

«Bueno, ya había decidido dárselo de todos modos».

Agarró con fuerza la estrella de Reinhardt.

En ese momento, tal y como Alon deseaba, la divinidad de Kalannon comenzó a fluir hacia la estrella.

Pero entonces surgió un problema.

«Oh, no, le di demasiado».

Como era la primera vez que transfería el poder de esta manera,

Alon acabó otorgándole a Reinhardt un poco más de poder divino del que pretendía.

Alon dejó escapar un suspiro.

No pudo evitar sentir una punzada de arrepentimiento.

La estrella de Reinhardt, antes tenue, ahora brillaba con fuerza.



Chasqueando la lengua mientras la observaba, Alon también infundió poder divino en Silli.

Pensándolo bien, ella había estado trabajando muy duro para él.

Aunque fuera voluntario, le parecía un poco injusto no recompensarla de alguna manera.

Además, aunque Silli ya tenía un poder divino abundante, pensó que al menos debía darle un poco más que a Reinhardt.

Por fin...

«Hoo...»

Tan pronto como Alon abrió los ojos después de canalizar todo el poder divino como pretendía, Evan habló.

«Marqués, ¿de verdad nos dirigimos al este en lugar de volver directamente a Caliban?».

«Sí. Pero no saldremos de la región norte y no tardaremos más de unos días».

Mientras respondía, Alon organizó mentalmente lo que necesitaba adquirir.

Después de viajar durante unos dos días...

—Vaya, Marqués, tienes un don especial para encontrar lugares como este.

«¿De verdad?».

«Sí, no tengo ni idea de cómo te enteras de estos lugares».

[...Interesante].

[¿Miau?]

El grupo de Alon había llegado a una enorme cueva, enclavada bajo un imponente acantilado en las opresivas montañas cubiertas de nieve.

####

Aunque Silli se había esforzado, últimamente la fe en Alon entre los Caballeros del Eclipse había disminuido de forma natural.

La mayoría de ellos habían visto el poder de Alon con sus propios ojos y, gracias a su proclamación de que otorgaría poder a los devotos, muchos habían comenzado a adorarlo.

Además, como ya existía un testimonio vivo de su poder —Silli, que podía ejercerlo—, su fe se había fortalecido inicialmente.

Sin embargo, esa fe había comenzado a desvanecerse con el tiempo.

La razón era sencilla.

Nada cambiaba.

No ayudaba que otras órdenes de caballeros miraran con recelo a los Caballeros del Eclipse.

Pero el mayor problema era que, por mucho que rezaran con devoción, aparte de Silli, ninguno de ellos era capaz de manifestar ningún milagro verdadero.

Como resultado, su fe se fue erosionando poco a poco.

Ni siquiera Reinhardt, que estaba destinado en el frente norte con Deus, fue una excepción.

O más bien, le había costado mucho adorar al marqués Palatio como a un dios desde el principio.

La razón era obvia e innegable.

El marqués Palatio seguía vivo.

Por supuesto, Reinhardt lo había visto.

Había presenciado personalmente cómo el marqués descendía como un dios.

De hecho, había sido uno de los primeros en ver al marqués despertar como una deidad.

En ese momento, Reinhardt había sentido una gran admiración hacia él.



Pero al final, solo fue admiración, nunca se convirtió en fe.

Después de todo, había interactuado con el marqués Palatio humano en múltiples ocasiones.

Debido a esa familiaridad, simplemente no podía adorar al marqués como a un dios.

Además, aunque Reinhardt comprendía los efectos residuales de alcanzar la maestría con la espada,

no podía entender del todo el poder divino.

Por mucho que Silli lo obligara a rezar, nunca sentía que el poder divino se acumulara en su interior, y con cada intento fallido, su fe solo se debilitaba más.

Por lo tanto...

«Nunca debí haberme dejado tentar».

Hubo momentos en los que quería darse un puñetazo por haber cedido a las seductoras palabras de Silli:

—Si usas el poder divino, tal vez puedas derrotar a mi hermano.

Ah, y también había encontrado un compañero en el sufrimiento.



Antes de esta campaña, solo había hablado con Marc, la Quinta Espada, en contadas ocasiones en contextos oficiales.

Pero ahora, habían formado un extraño sentido de afinidad espiritual.

Porque Marc, al igual que Reinhardt, también se veía obligado a rezar.

En cualquier caso, Reinhardt, que últimamente había estado soportando una vida cotidiana bastante atormentada, por fin había recibido una lección de Silli sobre cómo utilizar el poder divino.

Aunque, para ser precisos, no fue tanto una lección como un breve consejo.

«Cree en Él, visualiza un rayo y piensa en cómo quieras utilizarlo. Entonces aparecerá. Si te resulta demasiado difícil, solo cree en Él y visualiza un rayo; de alguna manera, funcionará».

No era un consejo muy útil.

Francamente, Reinhardt podría haber ideado fácilmente algo igual de vago por sí mismo.

Y, naturalmente, no utilizó el poder divino.

Pero no estaba particularmente decepcionado.

Después de todo, nunca había creído de verdad, así que tenía sentido que no pudiera manejarlo.



Así que cuando lo enviaron de nuevo al frente, enfrentándose a los bárbaros que regresaban, y Silli lo instó a que volviera a intentar usar el poder divino,

Reinhardt simplemente lo descartó.

Incluso cuando cientos de bárbaros se abalanzaron sobre él, desenvainó su espada sin pensarlo dos veces, hasta que de repente recordó las palabras de Silli y, solo por experimentar, cerró los ojos.

... Ya había admitido y aceptado que no podía usar el poder divino.

Sin embargo, a pesar de eso, la idea de «¿y si...?» volvió a surgir, lo que lo llevó a intentarlo una última vez.

Porque, al fin y al cabo, su deseo de superar a Deus era genuino.

Así que Reinhardt cerró los ojos y visualizó al marqués Palatio.

Pero esta vez, adoptó un enfoque diferente.

No imaginó al marqués Palatio de siempre.

En cambio, recordó la figura que había visto en el Bosque de Lonovellia.

El marqués Palatio, adornado con dos cuernos en la cabeza, con todo el cuerpo envuelto en rayos...

Un dios.



A continuación, imaginó un rayo.

El enorme rayo en su mano que conectaba la tierra y el cielo.

Y entonces...

Espada Meteorito (流星劍).

Como siempre, activó la técnica sin esperar nada,

y en ese momento...

«iiiBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBBB»

Reinhardt lo vio.

¡Crackle!

Un relámpago.

iiiBZZZZZT!!!

El rayo se invirtió.

Una fuerza celestial golpeó hacia abajo, atrapando a cientos de bárbaros en su gravedad.



Y desde el suelo,

docenas, no,

!!!!KA-KA-KA-KA-KRACK!!!!

Cientos de rayos devastaron a los cientos de bárbaros.

Y al final de todo...

Mientras el abrumador espectáculo dejaba tanto a los bárbaros como a los aliados paralizados en un silencio atónito, la voz conmocionada de Reinhardt resonó en el campo de batalla.

«¿Qué...? ¿De verdad ha funcionado?».

A poca distancia, Marc exclamó incrédulo, como si le respondiera.

«¿De verdad funcionó?».

Y entonces, como un coro,

los Caballeros del Eclipse jadeaban.

«¿La Segunda Espada... acaba de empuñar el rayo de Kalannon...?»



Pero no se detuvo ahí.

«¿Qué... qué ha sido eso...?».

«Ese poder... éno era el mismo? Últimamente he visto al señor Reinhardt con la Santa de Kalannon, así que eso significa...».

«Espera, éme estás diciendo que esos Caballeros del Eclipse no estaban diciendo tonterías? Pensaba que todo era una broma...».

«… Ja…».

El rayo que Reinhardt había manifestado, todo por culpa de la culpa momentánea de Alon.

«… Entonces, si crees sinceramente, érealmente puedes manejar los rayos?».

Se había extendido como una plaga entre los caballeros del norte.

Una plaga de fe.